

même d'humour. Aussi le livre se lit avec facilité : une véritable sympathie emporte le lecteur, comme lorsque on a l'occasion d'écouter, avec un brin de nostalgie, une de ces « chanson de sa jeunesse » qui nous ont marqués et restent gravées dans notre souvenir.

Joseph Grifone

Ana ESCAURIAZA ESCUDERO, *Violencia, silencio y resistencia: ETA y la Universidad (1959-2011)*, Madrid, Tecnos, 2022, 451 pp.

Siendo la universidad «una comunidad de maestros y alumnos dedicada a los saberes», aún resulta más significativo que ETA y su entorno la convirtieran en un campo de batalla y en un objetivo militar durante casi cuatro décadas. Cabría concluir que el simple hecho de pensar con una mentalidad abierta y constructiva se oponía frontalmente a los violentos intereses del colectivo.

El libro *Violencia, silencio y resistencia: ETA y la Universidad (1959-2011)*, de Ana Escauriaza Escudero, avala, ilustra y documenta esta reflexión. Se trata de un recorrido documentado, riguroso y magníficamente escrito que parte de los antecedentes más remotos para detenerse con calma en los principales episodios de una ofensiva terrorista que incluyó asesinatos, decenas de heridos, bombas y amenazas, una diáspora silenciosa y un clima de acoso e intimidaciones que hoy, apenas transcurridos unos años, resulta casi inverosímil.

La autora ha puesto su doble condición de historiadora y periodista al servicio de unos hechos que forman parte del pasado reciente, pero que pueden proporcionar valiosos elementos de juicio para afrontar con garantías el futuro próximo. El título del volumen es elocuente porque al silencio que durante décadas impusieron el miedo o la prudencia le sucedió con el tiempo una actitud más decidida de resistencia y compromiso.

El libro va dejando constancia de los ataques sufridos por la Universidad de Navarra desde que en 1969 se lanzaran varios cócteles molotov contra el Colegio Mayor Aralar. La autora afirma que el centro académico se convirtió en una «auténtica obsesión» para ETA, que identificaba al Opus Dei con el franquismo y con posturas «antivasquistas» (p. 69). *Todavía en 2003 ETA afirmaba en uno de sus boletines que el Opus Dei era uno de sus objetivos por su «relación directa con la opresión de Euskal Herria y la negación de los derechos»* (p. 392). Que en el campus pamplonés funcionase ya en plena dictadura una Cátedra de Cultura Vasca, que perteneciesen a la Obra algunas personas conocidas por su oposición al régimen de Franco, que miles de navarros pudiesen acceder a la educación superior o que la propia comunidad foral acelerase su nivel de desarrollo gracias a la iniciativa del fundador del Opus Dei son circunstancias que no hicieron mella en el relato sesgado que ETA siempre mantuvo y difundió después de sus muchos ataques.

Ana Escauriaza ha reconstruido con precisión y rigor todos los atentados. El 12 de diciembre de 1978 los terroristas colocaron una bomba en el Edificio de Ciencias que el artificiero de la Policía Nacional Francisco Berlanga Robles logró desactivar (sólo tres semanas antes de que otro artefacto acabara con su vida en la pamplonesa Plaza del Castillo). El 4 de octubre de 1979 una bomba causó daños cuantiosos en las oficinas de la editorial Eunsa en Barañáin. El 17 de julio de 1982 se colocó un explosivo en la Librería Universitaria, entonces en la avenida de la Baja Navarra; el 20 de octubre del mismo año otro más en una casa de convivencias utilizada por estudiantes en la localidad de Urritza; y al día siguiente un tercero en el Colegio Mayor Ayete de San Sebastián. El 4 de septiembre de 1983 los terroristas lanzaron cinco artefactos explosivos de escasa potencia contra los colegios mayores Goimendi y Belagua, y contra la Facultad de Teología. Con todo, los ataques más graves fueron los perpetrados contra el Edificio Central de la Universidad de Navarra, que ETA trató de volar hasta en cuatro ocasiones: el 12 de julio de 1980, el 24 de junio de 1981, el 23 de mayo de 2002 y el 30 de octubre de 2008. En todos esos atentados hubo enormes destrozos materiales. El de 2008 causó una intoxicación grave a más de cien personas, que debieron ser ingresadas en varios centros hospitalarios de la capital navarra. Se trata del segundo atentado con más heridos de la historia reciente de España después de los ataques yihadistas del 11 de marzo de 2004 (p. 399). Además, dos miembros de ETA Político-Militar detenidos en 1982 confesaron que dos años antes habían planeado secuestrar al rector de la Universidad de Navarra –que ese momento era Alfonso Nieto– para pedir la liberación de varios presos a cambio de su vida (p. 88).

También se recogen las reacciones a los distintos atentados, que tienen algunos rasgos específicos. Por ejemplo, tras el coche bomba de 2002, casi a la vez que se empezaban a retirar los escombros de la parte trasera del Edificio Central, el entonces rector José María Bastero señaló que las clases y la actividad en el campus se iban a mantener con normalidad. Y añadió, en un comunicado dirigido a la prensa: «Según nos enseñó el fundador de nuestra universidad, Josemaría Escrivá, además de no guardar rencor, seguiremos trabajando con serenidad al servicio de la sociedad, como venimos haciendo desde hace 50 años». El Gran Canciller, monseñor Javier Echeverría, dirigió desde Roma unas palabras a toda la comunidad universitaria: «Perdono de todo corazón a los autores y a los que han instigado a tan desgraciado comportamiento [...]. Me apena que no se percaten de que ellos y quienes les rodean son las mayores víctimas de esos desmanes» (p. 320).

El libro es además la crónica de una epopeya: la de quienes afrontaron con valor y generosidad aquellos años ominosos sabiendo que se estaban jugando la vida. Con su investigación, Ana Escauriaza les rinde un improvisado homenaje y hace justicia a su compromiso.

Javier Marrodán